

(1 Ap. n. 20.)

clama¹ digna de Atila, respirando sangre y amenazas, con lo que la indignacion, si bien reconcentrada entónces, tomó cada vez mayor incremento y braveza.

Aterrado así el pueblo de Madrid, se fué adelante en el propósito de trasladar á Francia toda la real familia, y el mismo dia 3 salió para Bayona el infante Don Francisco. No se habia pasado aquella noche sin que el conde de Laforest y Mr. Freville indicasen en una conferencia secreta al infante D. Antonio la conveniencia y necesidad de que fuese á reunirse con los demas individuos de su familia, para que en presencia de todos se tomasen de acuerdo con el emperador las medidas convenientes al arreglo de los negocios de España. Condescendió el infante consternado con los sucesos precedentes, y señaló para su partida la madrugada del 4, habiéndose tomado un coche de viage de la duquesa viuda de Osuna, á fin de que caminase mas disimuladamente. Dirigió ántes de su salida un papel ó decreto (no sabemos qué nombre darle) á Don Francisco Gil y Lémus, como vocal mas antiguo de la junta y persona de su particular confianza. Aunque temamos faltar á la gravedad de la historia, lo curioso del papel así en la sustancia como en la forma, exige que le insertemos aquí literalmente. „Al señor Gil.—A la junta para su gobierno la pongo en su noticia como me he marchado á Bayona, de órden del rey, y digo á dicha junta que ella si-gue en los mismos términos como si yo estuviese

Salida de los
infantes para
Francia el 3, y
el 4.

„en ella.—Dios nos la dé buena.—Adios, señores, „hasta el valle de Josafat.—Antonio Pascual.” Basta esta carta del buen infante Don Antonio Pascual, para congeturar cuán superior era á sus fuerzas la pesada carga que le habia encomendado su sobrino. Habia sido siempre reputado por hombre de partes poco aventajadas, y en los breves dias de su presidencia no ganó ni en concepto ni en estimacion. La reina María Luisa le graduaba en sus cartas de hombre de muy *poco talento y luces*, agregábalę ademas la calidad de *cruel*. El juicio de la reina en su primera parte era conforme á la opinion general; pero en lo de *cruel*, á haberse entónces sabido, se hubiera atribuido á injusta calificacion de enemistad personal. Por desgracia la saña con que aquel infante se expresó el año de 1814 contra todos los perseguidos y proscritos, confirmó triste y sobradamente la justicia é imparcialidad con que la reina habia bosquejado su carácter. Aquí acabó, por decirlo así, la primera época de la junta de gobierno, hasta cuyo tiempo, si bien se echa de ménos energía y la conveniente prevision, falta disculpable en tan delicada crisis, no se nota en su conducta connivencia ni reprehensibles tratos con el invasor extranjero. En adelante su modo de proceder fué variando y enturbiándose mas y mas. Pero ya es tiempo de que volvamos los ojos á las escenas no ménos lamentables que al mismo tiempo se representaban en Bayona.

Napoleon, al dia siguiente de su llegada, el 16 de

Llega Napo
leon á Bayona.

abril, dió audiencia en aquella ciudad á una diputacion de portugueses enviada para cumplimentarle, y les ofreció conservar su independencia, no desmembrando parte alguna de su territorio, ni agregándolos tampoco á España. No pudo verle el infante D. Carlos por hallarse indispuerto; mas Napoleon pasó á visitar en persona á Fernando una hora despues de su arribo, el que se verificó como hemos dicho, el dia 20. El recien llegado bajó á recibirle á la puerta de la calle, en donde habiéndose estrechamente abrazado, estuvieron juntos cortorato, y solamente se tocaron en la conversacion puntos indiferentes. Fernando fué convidado á comer para aquella misma tarde con el emperador, y á la hora señalada, yendo en carruages imperiales con su comitiva, fué conducido al palacio de Mar-rac, donde Napoleon residia. Salióle este á recibir hasta el estribo del coche, etiqueta solo usada con las testas coronadas. En la mesa evitó tratarle como príncipe ó como rey. Acabada la comida, permanecieron poco tiempo juntos y se despidieron, quedando los españoles muy contentos del agasajo con que habian sido tratados, y renaciendo en ellos la esperanza de que todo iba á componerse bien y satisfactoriamente. Vuelto Fernando á su posada, entró en ella muy luego el general Savary con el inesperado mensaje de que el emperador habia resuelto irrevocablemente derribar del trono la estirpe de los Borbones, substituyendo la suya, y que por consiguiente S. M. I. exigia que el rey en su nom-

bre y en el de toda su familia, renunciase la corona de España é Indias en favor de la dinastía de Bonaparte. No se sabe si debe sorprender mas la resolucion en sí misma y el tiempo y ocasion de anunciarla, ó la serenidad del mensajero encargado de dar la noticia. No habian transcurrido aun cinco dias, desde que el general Saravy habia respondido con su cabeza de que el emperador reconoceria al príncipe de Asturias por rey si se hiciese la demostracion amistosa de pasar á Bayona; y el mismo general encargábase ahora, no ya de poner dudas ó condiciones á aquel reconocimiento, sino de intimar al príncipe y á su familia el despojo absoluto del trono heredado de sus abuelos. ¡Inaudita audacia! Aguardar tambien para notificar la terrible decision de Napoleon, el momento en que acababa de darse á los príncipes de España pruebas de un bueno y amistoso hospedage, fué verdaderamente rasgo de inútil y exquisita inhumanidad, apénas creible á no habérselo transmitido testigos oculares. Los héroes del político florentino César Borja y Oliveretto di Fermo, en sus crueldades y excesos parecidos en gran manera á este de Napoleon, hallaban por lo ménos cierta disculpa en su propia debilidad, y en ser aquella la senda por donde caminaban los príncipes y estados de su tiempo. Mas el hombre colocado al frente de una nacion grande y poderosa, y en un siglo de costumbres mas suaves, nunca podrá justificar ó pa-

Se anuncia á
Fernando que
renuncia.

liar siquiera ni su aleve resolucion, ni el modo odioso é inoportuno de comunicarla.

Conferencias
de Escoiquiz y
Cevallos.

Despues del intempestivo y desconsolador anuncio, tuvieron acerca del asunto Don Pedro Cevallos y Don Juan Escoiquiz importantes conferencias. Comenzó la de Cevallos con el ministro Champagny; y cuando sostenia aquel con teson y dignidad los derechos de su príncipe, en medio de la discusion presentóse el emperador, y mandó á ambos entrar en su despacho, en donde enojado con lo que á Cevallos le habia oido, pues detras de una puerta habia estado escuchando, le apellidó *traidor*, por desempeñar cerca de Fernando el mismo destino de que habia disfrutado bajo Carlos IV. Añadidos otros denuetos, se serenó al fin, y concluyó con decir que „tenia una política peculiar suya; que debia „(Cevallos) adoptar ideas mas francas, ser ménos „delicado sobre el pundonor, y no sacrificar la „prosperidad de España al interes de la familia de „Borbon.”

La primera conferencia de Escoiquiz fué desde luego con Napoleon mismo, quien le trató con mas dulzura y benignidad que á Cevallos, merced probablemente á los elegios que el canónigo le prodigó con larga mano. La conversacion tenida entre ambos, nos ha sido conservada por Escoiquiz; y aunque dueño este de modificarla en ventaja suya, lleva visos de verídica y exacta, así por lo que Bonaparte dice, como tambien por aparecer en ella el bueno de Escoiquiz en su original y perpetua sim-

phicidad. El emperador frances poco atento á flores y estudiadas frases, insistió con ahinco en la violencia con que á Carlos IV se le habia arrancado su renuncia, siendo el punto que principalmente le interesaba. No por eso dejó Escoiquiz de seguir perorando largamente; pero su *cicerónica arenga*, como por mofa la intitulaba Napoleon, no conmovió el imperial ánimo de este, que terminó la conferencia con autorizar á Escoiquiz para que en nombre suyo ofreciese á Fernando el reino de Etruria en cambio de la corona de España; en cuya propuesta queria dar al príncipe una prueba de su estimacion, prometiendo ademas casarle con una princesa de su familia. Despues de lo cual y de tirarle amistosa si bien fuertemente de las orejas, segun el propio relato del canónigo, dió fin á la conversacion el emperador frances.

Apresuradamente volvió á la posada del rey Fernando Don Juan Escoiquiz, á quien todos aguardaban con ansia. Comunicó la nueva propuesta de Napoleon, y se juntó el consejo de los que acompañaban al rey para discutirla. En él los mas de los asistentes, á pesar de los repetidos desengaños, solo veian en las nuevas proposiciones el deseo de pedir mucho para alcanzar algo, y todos, á excepcion de Escoiquiz, votaron por desechar la propuesta del reino de Etruria. Ciertamente que si por una parte horroriza la pérfida conducta de Napoleon, por otra causa lástima y despecho el constante desvarío de los consejeros de Fernando, y aquel continuado es-

perar en quien solo habia dado muestras de mala voluntad. La opinion de Escoiquiz fué aun ménos disculpable; la de los otros consejeros se fundaba en un juicio equivocado, pero la del último no solo le deshonoraba como español, queriendo que se trocase el vasto y poderoso trono de su patria por otro pequeño y limitado, no solo daba indicio de mísera y personal ambicion, sino que tambien probaba de nuevo imprevision incurable en imaginarse que Bonaparte respetaria mas al nuevo rey de Etruria, que lo que habia respetado al antiguo y á los que eran legítimamente príncipes de España.

Continuaron las conferencias, habiendo substituido á Cevallos Don Pedro Labrador, y entendiéndose con Escoiquiz Mr. de Pradt, obispo de Poitiers. Labrador rompió desde luego sus negociaciones con Mr. de Champigny: los otros prosiguieron sin resultado alguno su recíproco trato y explicaciones. Daba ocasion á muchas de estas conferencias la vacilacion misma de Napoleon, quien deseaba que Fernando renunciase sus derechos, sin tener que acudir á una violencia abierta, y tambien para dar lugar á que Carlos IV y el otro partido de la corte llegasen á Bayona. Así fué que la víspera del dia en que se aguardaba á los reyes viejos, anunció Napoleon á Fernando que ya no trataria sino con su padre.

Llegada de
Cárlos IV á
Bayona.

Ya hemos visto como el 25 de abril habian salido aquellos del Escorial, ansiosos de abrazar á su amigo Godoy, y persuadidos hasta cierto punto de que

Napoleon los repondria en el trono. Pruébanlo las conversaciones que tuvieron en el camino, y señaladamente la que en Villa-Real trabó la reina con el duque de Mahon; á quien habiéndole preguntado qué noticias corrian, respondió dicho duque: „Asegúrase que el emperador de los franceses reune en Bayona todas las personas de la familia real de España para privarlas del trono” Paróse la reina como sorprendida, y despues de haber reflexionado un rato, replicó: „Napoleon siempre ha sido enemigo grande de nuestra familia: sin embargo ha hecho á Cárlos reiteradas promesas de protegerle, y no creo que obre ahora con perfidia tan escandalosa.” Arribaron pues á Bayona el 30, siendo desde la frontera cumplimentados y tratados como reyes, y con una distincion muy diversa de aquella con que se habia recibido á su hijo. Napoleon los vió el mismo dia, y no los convidó á comer sino para el siguiente 1.º de mayo, queriéndoles hacer el obsequio de que descansasen. Desembarazados de las personas que habian ido á darles el parabien de su llegada, entre quienes se contaba á Fernando, mirado con desvío y enojo por su augusto padre, corrieron Cárlos y María Luisa á los brazos de su querido Godoy, á quien tiernamente estrecharon en su seno una y repetidas veces con gran clamor y llanto.

Pasaron en la tarde señalada á comer con Napoleon, y habiéndosele olvidado á este invitar al favorito español; al ponerse á la mesa, echándole

Come con Napoleon.

de ménos Cárlos, fuera de sí exclamó: *¿Y Manuel? ¿dónde está Manuel?* Fuéle preciso á Napoleon reparar su ólvido, ó mas bien condescender con los deseos del anciano monarca: tan grande era el poderoso influjo que sobre los hábitos y carácter del último habia tomado Gódoz, quien no parecia sino que con bebedizos le habia encantado.

Comparece
Fernando en
presencia de
su padre.

No tardaron mucho unos y otros en ocuparse en el importante y grave negocio que habia provocado la reunion en Bayona de tantos ilustres personajes. Muy luego de la llegada de los reyes padres, de acuerdo estos con Napoleon, y siendo Godoy su principal y casi único consejero, se citó á Fernando, é intimóle Cárlos en presencia del soberano extranjero, que en la mañana del dia siguiente le devolviese la corona por medio de una cesion pura y sencilla, amenazándole con que „si no él, sus hermanas y todo su séquito serian desde aquel momento tratados como emigrados.” Napoleon apoyó su discurso, y le sostuvo con fuerza; y al querer responder Fernando, se lanzó de la silla su augusto padre, y hablándole con dignidad y fiereza, quiso maltratarle, acusándole de haber querido quitarle la vida con la corona. La reina hasta entónces silenciosa se puso enfurecida, ultrajando al hijo con injuriosos denuestos, y á tal punto, segun Bonaparte, se dejó arrastrar de su arrebatada cólera, que le pidió al mismo hiciese subir á Fernando al cadalso: expresion, si fué pronunciada, espantosa en boca de una madre. Su hijo enmudeció y envió una

renuncia con fecha 1.º de mayo, limitada por las condiciones siguientes: „1.º Que el rey padre vol-
„viese á Madrid, hasta donde le acompañaria Fer-
„nando, y le serviria como ¹ su hijo mas respetuo-
„so. 2.º Que en Madrid se reuniesen las cortes, y
„pues que S. M. (el rey padre) resistia una congre-
„gacion tan numerosa, se convocasen todos los tri-
„bunales y diputados del reino. 3.º Que á la vista
„de aquella asamblea formalizaria su renuncia Fer-
„nando, exponiendo los motivos que le conducian á
„ella 4.º Que el rey Cárlos no llevase consigo per-
„sonas que justamente se habian concitado el odio
„de la nacion. 5.º Que si S. M. no queria reinar
„ni volver á España, en tal caso Fernando gober-
„naria en su real nombre, como lugar teniente su-
„yo; no pudiendo ningun otro ser preferido á él.”
Son de notar los trámites y formalidades que que-
rian exigirse para hacer la nueva renuncia, sien-
do así que todo se habia olvidado y aun atropella-
do en la anterior de Cárlos. Tambien es digno de
particular atencion que Fernando y sus consejeros,
quienes por la mayor parte odiaron tantos años
adelante hasta el nombre de cortes, hayan sido los
primeros que provocaron su convocacion, insinuan-
do ser necesaria para legitimar la nueva cesion del
hijo en favor del padre, la aprobacion de los repre-
sentantes de la nacion, ó por lo ménos la de una
reunion numerosa en que estuvieran los diputados
de los reinos. Así se truecan y trastornan los pa-

Condiciones
de Fernando
para su renun-
cia.

(1 Ap. n. 22.)

receres de los hombres al son de su propio interes, y en menosprecio de la pública utilidad.

no se conforma el padre.

Cárlos IV no se conformó, como era de esperar, con la contestacion del hijo, escribiéndole en respuesta el 2 una carta, en cuyo contenido en medio de algunas severas, si bien justas reflexiones, se descubre la mano de Napoleon, y hasta expresiones suyas. Sonlo por ejemplo ¹ „todo debe hacerse para „el pueblo, y nada por él... No puedo consentir „en ninguna reunion en junta... nueva sugestion „de los hombres sin experiencia que os acompañan.” Tal fué la invariable aversion con que Bonaparte miró siempre las asambleas populares, siendo así que sin ellas hubiera perpetuamente quedado obscurecido en el humilde rincon en que la suerte le habia colocado. ¹ Fernando insistió el 4 en su primera respuesta „que al excluir para siempre del tro- „no de España á su dinastía, no podia hacerlo sin „el expreso consentimiento de todos los individuos „que tenian ó podian tener derecho á la corona de „España, ni tampoco sin el mismo expreso consentimiento de la nacion española, reunida en cortes „y en lugar seguro.” Y tanto y tanto reconocia entonces Fernando los sagrados derechos de la nacion, reclamándolos y deslindándolos cada vez mas y con mayor claridad y conato.

Comparece por segunda vez Fernando delante de su padre.

En este estado andaban las pláticas sobre tan grave negocio, cuando el 5 de mayo se recibió en Bayona la noticia de lo acaecido en Madrid el dia 2; pasó Napoleon inmediatamente á participárselo

á los reyes padres, y despues de haber tenido con ellos una muy larga conferencia, se llamó á Fernando para que tambien concurriese á ella. Eran las cinco de la tarde; todos estaban sentados, excepto el príncipe. Su padre le reiteró las anteriores acusaciones; le baldonó acerbamente; le achacó el levantamiento del 2 de mayo; las muertes que se habian seguido, y llamándole pérfido y traidor, le intimó por segunda vez que si no renunciaba la corona, seria sin dilacion declarado usurpador, y él y toda su casa conspiradores contra la vida de sus soberanos. Fernando atemorizado ¹ abdicó el 6 pu- (1 Ap. n. 25.)
ra y sencillamente en favor de su padre, y en los términos que este le habia indicado. No habia aguardado Cárlos á la renuncia del hijo para concluir con Napoleon un tratado por el que le cedia la corona, sin otra especial restriccion que la de la integridad de la monarquía y la conservacion de la religion católica, excluyendo cualquiera otra. El tratado fué firmado en 5 de mayo por el mariscal Duroc y el príncipe de la Paz, plenipotenciarios nombrados al efecto; con cuya vergonzosa negociacion dió el valido español cumplido remate á su pública y lamentable carrera. Ingrato y desconocido, puso su firma en un tratado en el que no estipuló sola y precisamente privar de la corona á Fernando su enemigo, sino en general y por induccion á todos los infantes, á toda la dinastía, en fin, de los soberanos sus bienhechores, recayendo la cesion de Cárlos en un príncipe extranjero. Pequeño y mez-

Renuncia Cárlos IV en Napoleon.